

CUENTO N° 76

**TITULO: EL INEFABLE CONSEJERO DE WALTER
SÁTRAPA**

SEUDÓNIMO: PETORCA

AUTOR: SERGIO HUGO MARDONES LABRA

El inefable consejero de Walter Sátrapa

Seudónimo: Petorca

Aunque no hay más de dos o tres personas que podrían explicarse sin asomo de duda el secreto de la votación que le otorgó la mayoría nacional, y es probable que a todas ellas el asunto las tenga sin cuidado, no son pocas las especulaciones sobre la causa de su popularidad. En síntesis y sin temor a caer en discusiones bizantinas, el ex diputado y actual senador Demetrio Seisdedos es, de los parlamentarios en ejercicio, el que llega más que nadie al “alma del pueblo”. Eso es un hecho evidente, fácil de corroborar, incluso lo admiten sus más enconados adversarios. El misterio es cómo ha logrado esa popularidad, considerando que hasta no hace mucho tiempo Demetrio Seisdedos era un líder como tantos, ni muy honesto ni muy deshonesto, ni muy sereno ni muy agresivo, quizás algo excedido de peso, sudoroso de manos, más extravertido que el promedio de sus pares.

Los analistas que se han interesado en el fenómeno destacan la coincidencia del ascenso de su estimación con la llegada a su oficina de un personaje conocido como “el señor Gálvez”. Pero si del éxito de Demetrio Seisdedos las sesudas interpretaciones no han concluido nada revelador, menos han podido sacar en limpio del señor Gálvez, tanto así que diarios y revistas optaron por dedicarle insignificantes párrafos laterales en sus secciones de relleno. La última de las tentativas, sin firma, lo bosquejó así:

“Al senador Seisdedos se le ve siempre acompañado del señor Gálvez, quien le susurra frases inaudibles antes de que Seisdedos entable diálogo con la gente. Pero al margen de que el señor Gálvez llame la atención por su leve parecido con el escritor Samuel Beckett o por su costumbre de usar bufandas de colores y zapatos con taco de goma, nada hay en él que lo distinga como un consejero imprescindible; ni siquiera posee título universitario”.

Una investigación periodística intentó dar con la solución del enigma, pero el editor encontró tan descabelladas sus conclusiones que la desterró al pantano computacional donde duermen los temas sobrantes.

La existencia del señor Gálvez no pasaría de ser una circunstancia anecdótica si las últimas encuestas no estuviesen elevando a Seisdedos a la categoría de presidenciable. Y aquí es donde comienza la historia que realmente nos interesa. El rival de Seisdedos, Walter Sátrapa, cuyos buenos números habían ido cayendo semana a semana en las encuestas, entendió el problema que se le venía encima y contrató al detective privado Pil Dinen bajo una cláusula de confidencialidad que, dados los draconianos términos del acuerdo, hacía imposible cualquier filtración a la prensa y sobre todo el destape de la relación profesional que uniría temporalmente a Dinen con Sátrapa. El detective no tardó más de quince días en hacer su trabajo y el desenlace pasó a engrosar su carpeta colmada de aciertos. A continuación, un bosquejo del encuentro que mantuvieron ambos.

Dinen acudió un viernes por la noche a la residencia de Sátrapa. El político acostumbraba dedicar el final de ese día al análisis de los hechos que habrían de copar la agenda de la semana siguiente, a contracorriente del refrán que dice que no por mucho madrugar amanece más temprano. Sátrapa lo recibió con el desafecto que lo caracteriza y le ofreció algo de beber. Dinen estudió de reojo la licorera y le aceptó una copa de Ardbeg, whisky inalcanzable para su bolsillo. Tras disfrutar el regusto ahumado que le daba vueltas en el paladar le planteó: “Lo que le voy a contar es bastante insólito, pero no se me ocurre de qué le podrá servir”.

Sátrapa lo dejó hablar. Su dilatada carrera en los pasillos de los tribunales, los despachos de los ministerios y los curules del parlamento le aseguraba que siempre se podía hacer algo.

-Lo escucho, señor Dinen.

“La clave en la historia del éxito del senador Seisdedos reside efectivamente en el señor Gálvez, y surge cuando de un día para otro este hombre empezó a ver nubecillas de color violeta en los vagones del metro, alrededor de las cárceles, en las calles, oficinas bancarias, cultos religiosos. Una mancha violeta se apoderó de su mundo y eso lo fue alterando más allá de lo prudente”, postuló el detective.

Sátrapa lo oía con el interés con que se oye a dos jubilados en el café. Dinen le informó que el señor Gálvez acudió a varios médicos. El oftalmólogo lo tapó de exámenes, que le costaron *un ojo de la cara*. Rendido ante la normalidad de su paciente lo mandó a un neurólogo. El neurólogo lo sometió a un scanner y para no quedar mal con él, pues no tuvo nada que decirle, lo derivó a un psiquiatra. El psiquiatra le hizo contar su vida, de la que desprendió que el señor Gálvez padecía una típica neurastenia pigmentada asociada a una deficiencia de la corteza visual primaria, enfermedad que desde luego era indemostrable, aunque tenía un nombre muy científico, largo y severo.

“Ya casi se había acostumbrado a ver el mundo color violeta cuando el señor Gálvez comenzó a oír voces y captar imágenes dentro de esas nubes. Eran las voces internas de la gente que iba pasando a su lado, expresadas en ráfagas de inquietudes que se disolvían en fracciones de segundo. Indudablemente pertenecían a esas almas, no a la del señor Gálvez, no eran voces ni pensamientos inventados. Al mezclarse con la multitud las visiones cinéticas crecían; al alejarse, iban desapareciendo –Dinen escrutó el rostro de Sátrapa antes de continuar; este permaneció inmutable-. Las imágenes venían acompañadas de suaves lamentos escépticos, agobiados, retorcidos, angustiados, estoicos, voces que podían emparentarse con el sufrimiento y la desesperanza. Se le dibujaban perfectas entre el vapor violeta frases como *putamadre, mierda, por qué a mí, puchacay, la puta que lo parió, por qué no morí cuando guagua*. En no pocas ocasiones el fenómeno tomaba la forma de palabras que armaban un pensamiento, incluso palabras mal escritas, con faltas de ortografía”.

Sátrapa le volvió a rellenar la copa; Dinen se hizo el desentendido y continuó.

“Pasaban los días; se iba a completar un mes de nubecillas de color violeta en su vida. El señor Gálvez volvió donde el psiquiatra y le dio a conocer su propia interpretación del mal que padecía. Según él, su *enfermedad* lo hacía depositario de la maraña de problemas que aquejaban a la gente. Por una razón desconocida -le dijo-, de pronto podía ver con claridad los problemas de las personas que pasaban por su lado, los enredos que tenían en la cabeza, problemas que ya era capaz de advertir a medida que se aproximaban dichas sufrientes humanidades, debido al tono violeta que irradiaban. El psiquiatra se

encogió de hombros y al despedirse le comentó que le parecía que su síndrome era de orden moral. Enseguida le pidió la autorización para presentar su caso en un próximo congreso en las Bermudas”.

La opinión del psiquiatra, prosiguió el detective, lo llevó a confesarse con un cura jesuita que había conocido tiempo atrás. Enterado del pecado de "intromisión en la vida privada de la gente" de su feligrés, el presbítero se apresuró a absolverlo y lo invitó a charlar bajo la sombra de una palmera, maravillado ante la posibilidad de que un ser humano pudiese leer la mente de las personas. El señor Gálvez lo corrigió: no era capaz de leer la mente completa de las personas, solo de oír la maraña de problemas que las afligen. Se lo aseguró con un ejemplo: el de los jardines infantiles. Cuando pasaba frente a ellos veía muy pocas nubes violeta sobrevolando el lugar, y esa escasa radiación emanaba de las parvularias y sus asistentes y poco y nada de los niños. Picado por la curiosidad, el sacerdote ofreció llevarlo a una cercana feria libre para que él le contara lo que iba escuchando. En el camino, el señor Gálvez afirmó divisar una “mancha poderosa” al pasar frente a una vivienda. Provenía de un hombre sentado en el escusado al que lo atormentaba su mala digestión y pensaba que el colon lo llevaría al hospital. El señor Gálvez le aseguró que veía la imagen de su pobre digestión, la hinchazón de su vientre y la humedad de la baldosa bajo el lavamanos. En la casa de al lado dijo ver a una señora atormentada por la gordura que le delataba el espejo; se prometía que retomaría la dieta pero sabía que no lo haría y por eso estaba tensa. A una mujer que compraba lechugas la calificó como “recién titulada y eso la inseguriza”. Entre la densa nubecilla violeta que emanaba de su cuerpo se le aparecía haciendo clases, preparando trabajos interminables que no eran tan necesarios. Más allá, una joven seleccionaba jengibre. De ella le informó al sacerdote que tenía una hija de ocho años “súper alta”. Dijo que le iba muy bien como ingeniera, pero que le habían detectado un cáncer precoz. Mencionó que la rodeaba una nube violeta muy tenue, porque esperaba los resultados de los exámenes con confianza. Luego le señaló a un padre y su hijo echando frutas a la bolsa. Según el señor Gálvez, el padre imaginaba a su hijo indeciso, sabía que le gustaba el deporte y quería verlo estudiando pedagogía en educación física, kinesiología o veterinaria. Un amigo del papá había empezado parecido y ahora diseñaba prótesis. De vuelta pasaron por un teletrak.

El señor Gálvez le dijo al sacerdote que a esos jugadores arremolinados en las escaleras no hay más que verlos con sus cuadernos en la mano, mal vestidos, desaseados, silenciosos, con sus miradas sombrías, para desprender que eran todos iguales, esclavizados al único vicio que les da esperanzas de una vida mejor. En ellos la nube violeta que los cubría estaba casi de más.

“El cura aplicó una extraña forma de sentido común y le aconsejó postular a uno de esos concursos que dan jugosos premios -prosiguió Dinen-. Un productor de TV, días más tarde, comprobó su poder cuando el señor Gálvez le afirmó que su mente era un hervidero de cifras mezcladas con vehículos de arriendo, teléfonos, rostros de invitados. Aunque asombrado, el productor estimó que para un show no le servía una persona con ese don, porque al público no se le podría dar garantías de algo que solo veía esa persona, sumado a la posibilidad de que a los elegidos de entre la asistencia para hacer la prueba no les aflorara problema alguno, sumidos como estarían en la excitación del programa. ‘¡Pasaríamos más vergüenzas que con el tipo que hablaba 27 idiomas! No, mi amigo, usted no es un buen negocio para mí; pero se me ocurre una buena salida para su caso. Vaya a ver a Demetrio Seisdedos. Es un diputado que me debe un par de favores. Mi instinto me dice que allí encontrará un lugar donde encauzar su anormalidad’, lo despidió el productor”.

No había que ser tan perspicaz para captar la solución que Pil Dinen le había dado al caso; aun así Walter Sátrapa esbozó una suerte de resumen de lo escuchado para eliminar cualquier malentendido.

-De lo que me ha dicho, señor Dinen, desprendo que el señor Gálvez se está ganando actualmente la vida gracias a esa discutible enfermedad o don, como quiera llamarlo. Diariamente le revela a Seisdedos los problemas de la gente con la que se cruzan y esa sería la secreta razón por la que el senador ha llegado *al alma del pueblo* y está subiendo en las encuestas.

Dinen le aclaró: “Existen personas que cobran dinero por conocer los problemas de sus congéneres, con el propósito de solucionarlos, como los médicos, abogados, tarotistas. Hay muy pocos especímenes que no solo no cobran sino que pagarían por lo mismo, aunque la solución no les importe demasiado. Seisdedos y usted son de esta pasta”.

Inventó uno de esos paréntesis que se toman las personas antes de darse un gusto y remató:

“Y ahora que lo sabe *casí* todo, está en usted creer o no creer en el eslabón que le da el corte definitivo a este caso. Oiga esto, Sátrapa: el señor Gálvez no tiene domicilio conocido, no registra paso alguno por la escuela, no figura en el padrón electoral, no paga impuestos, no cotiza en Fonasa, no impone en ninguna AFP, no tiene RUT, no tiene número de celular ni correo electrónico; podría afirmarse que ni siquiera es una persona. Eso siempre ha estado a la vista y cuando lo descubrí, lo siguiente se me hizo sencillo. Detrás de su engañosa apariencia, de su parecido con el escritor Samuel Beckett, de sus bufandas de colores y sus zapatos con taco de goma se funden los problemas de cada uno de los seres que pisan esta larga y angosta faja de tierra, sus obsesiones, sus dolores, sus maldiciones, sus rencores, sus ansias de venganza, su ira contra la supuesta fuerza externa que explica sus fracasos. Pero no me malentienda. El señor Gálvez no es un símbolo. El señor Gálvez es el agobio individual de la gente. Y quien se arrime a él tendrá el poder”.

Días después, con el diario en las manos, el detective se fijó en un recuadro que lo hizo dar un brinco de placer en su silla del café. Lo encabezaba una minúscula foto del señor Gálvez e informaba que por motivos que no fueron revelados este había pasado a servir a Walter Sátrapa.

Así llega a su fin esta breve y desapasionada relación de hechos. El inefable señor Gálvez pasó a convertirse en el asesor del que sería el Presidente Walter Sátrapa, recordado hombre de bien que gobernó con mano astuta, le dio a la gente lo que la gente pidió, dejó a la nación peor de lo que la encontró y disfrutó de una vida plena de fama y poder, hasta el día aciago en que le salió al encuentro Aquella que pone término a los placeres y dispersa a los amigos.